

BN
RD863.3
F814r
e.2

RECUERDOS
E IMPRESIONES

5179
Biblioteca Nacional

RECUERDOS E IMPRESIONES

POR

AMELIA FRANCASCI.



SANTO DOMINGO.

Imp. "Cuna de América.—" J. R. Roques.

1901.



171126498
D9I



A la memoria de mi hermana D.

Es propiedad.

BN
RD 863.3
F 814 R
Q.2



DUELOS DEL CORAZON.

(Hojas sueltas para un libro).



MI hermana Lidia se moría.....

Desde la víspera estaba desahuciada.

La cruel enfermedad que hacía tiempo, sordamente la minaba, tocaba á su término fatal. Una fiebre intensísima complicando su mal, devoraba sus últimas fuerzas. No había esperanzas yá: Lidia se moría.

019101



Y moríase como había vivido!: Víctima de su constante abnegación! Era tan buena! Angel venido del cielo, ofreciose siempre en holocausto á los demás. Nunca pensaba en sí, dábase toda á su familia y á cuantos la rodeaban. Por qué la marcó así el destino? Por qué fué su vida tan triste é incolora? Alma candorosa, corazón diamantino, puro y de tan divinos reflejos ¿por qué había de sufrir tanto? Lidia mía, tu inteligencia jamás se elevó hasta las altas regiones del estudio; no ofuscaron tu mente las vanas especulaciones metafísicas. La ciencia no perturbó tu cerebro; el amor de ella no esterilizó tu corazón fecundo en sentimientos. Aprendiste mui poco de los hombres; mas ¿necesitabas tú estudiar para ser buena? ¿tenías acaso que soñar para ser santa? Fuiste lo que Dios te hizo. Tu bon-

dad fué inspirada, tu caridad innata; tu imaginación sólo se ejercitó para el bien. No ambicionaste jamás la gloria humana. Por tí comprendí yo la gran verdad de estas palabras de Cristo á sus apóstoles: "Bienaventurados los pobres de espíritu, los mansos de corazón; porque de ellos será el reino de los cielos!"

Cándida y humilde fuiste. Tu vida fué un sueño al mismo tiempo que un martirio. Tu alma durmió para todo lo malo que existe en la humana naturaleza; solo se reveló para lo bueno. No creiste en el mal. Fué robusta tu fé, entera, sublime. Por eso valiste más que yo. La mía ha sido vacilante, incompleta. Siempre envidié la tuya y te admiré. Desde que me conozco, he empleado todas mis fuerzas en merecer amor por la bondad del alma, empero no he creído como tú.

En tí no había rebeldías. Si alguna vez la malicia humana te irritó, tus violencias, tu cólera tuvieron la efímera duración del relámpago en día de primavera; la del trueno solitario que sorprende y hasta divierte por lo insólito. Ofendida, tratabas siempre de persuadirte de tu falta de razón; de hacerte perdonar juzgándote ofensora. El rencor reconcentrado no cupo en tu alma pura: la hubiera envenenado. En eso he sido como tú. Me mata el odio; solo que, como tú olvidabas no puedo yo olvidar. La maldad, la hipocresía y la injusticia humanas, al lastimarme, levantan en mi espíritu tempestades terribles, pronto disimuladas, pero que siempre dejan en él desoladoras huellas. Perdono, pero sufro. En tí se desvanecía la memoria del mal.

Lidia, cuán sencilla fuiste! Modesta

cual la silvestre florecilla que en el prado se oculta entre la hierba te mostraste desde el nacer. Tu hermosura que muchos admiraron nunca te envaneció. Perdístela sin sufrir. Tu juventud se marchitó temprano. A los veinte y seis años dijiste con admirable ingenuidad: “Si yo fuera jóven me agradaría tal cosa.” No recuerdo qué fué. ¡Si yo fuera jóven! Resignábaste á ser vieja á la edad en que otras, solteras ó casadas, presumen de mocitas! ¿Qué importaba para tí lo que te fuera personal? Vivías tan sólo para los otros; quisiste ser la esclava de todos. Y todos lo consintieron. Por tu ejemplo comprendí yo otra gran verdad; y es, que la absoluta abnegación de un ser, engendra el egoismo en los que le rodean; que los ángeles deben vivir en el cielo, porque entre los mejores de los hombres

son víctimas; siempre encuentran verdugos inconscientes!

¡Esa es la mísera condición humana! Lidia era tan abnegada, olvidábase de tal modo, servía á los otros con tal placer, que los demás inconscientemente la olvidaban y por ella se dejaban servir. Yo misma que tanto la amé, me acusé luego. Su muerte me causó un dolor terrible, casi remordimientos. . . . Dime Lidia, alma mía, te dí todo el amor que merecías? No me dejé mimar y cuidar demasiado, menos enferma que tú, por tí que estabas condenada?

Yo lo sabía: tú lo ignorabas! Nadie me lo había dicho; adivinélo en las reticencias de los médicos que te auscultaron! Tu corazón estaba lesionado. No había remedio; acaso durarías á fuerza de cui-

dados! Y tú no te atendías! No podías vivir

Sí, lo adiviné! Y no tan tarde. ¿No me lo habían dicho elocuentemente hacía algún tiempo, la demacración de tu rostro antes redondo, la descoloración de tus labios purpurinos, el brillo ya apagado de tus ojos, tu cuerpo tan hermoso ahora encorvado, tus caídos hombros que se alzaban, tu pecho levantado que se hundía Todo en tu persona, Lidia mía, hacía comprender sobradamente, tu lenta destrucción, tu marcha anticipada hacia la tumba!

Tú sola parecías no verlo, no saberlo. Luchabas sin querer ceder al mal y tu heroico esfuerzo engañó á los demás. Acostumbráronse á verte siempre enferma y no previeron tu fin. Luchaste por continuar tu tarea, consagrándote á to-

dos hasta lo último. Y eso precipitó tu muerte! Lidia: te he llorado siempre. Nunca me resigné á perderte. Por qué te fuiste.... ó por mejor decir, por qué te fuiste y me dejaste?

.....

.....

Hacía ocho días que guardaba el lecho. Al fin se había postrado. La terrible enfermedad tocaba á su término y la fiebre atroz, devoradora, no permitía ilusiones.

Los médicos llamados en consulta la habían ya desahuciado.... Y yo la acompañaba siempre y siempre. Desde que cayó, ni un momento quise apartarme de su lado. Desde el primer instante reconocí la gravedad del mal. Ella también, la infeliz! Oíla quejarse, por la vez primera; hacer propósitos de cuidarse para mejorar; tenía miedo, decía: miedo de empeo-

rar en su estado; pero no confesaba que se sentía en peligro, disimuló en gran parte el martirio que sufría. Y así, como siempre engañó á todos menos á mí. Hasta al mismo médico que la asistía de continuo él que creyó su enfermedad una de las crisis que padecía ella, cada vez con más frecuencia y de las que pronto parecía reponerse á fuerza de voluntad. Yo no vivía; devorada de inquietud; exasperada por la calma que veía en los demás y á todos ácusaba de falta de afecto y de interés por ella. Me equivocaba. Todos la querían; pero estaban ciegos, no veían...

Durante cinco días, fuí la única que comprendió que Lidia se moría. Mi madre, mis hermanas, la familia toda la asistía sin reconocer la importancia del mal; habituadas á verla reponerse pronto después de enfermedades como aquella. Al



sexto día abrieron los ojos. La ilusión no era posible! Mi madre y mis hermanas perdieron la cabeza. Solo yó, en mi dolor profundo, espantoso, conservé la mía, ¡y principió la estéril lucha, el esfuerzo desesperado para salvar á Lidia! ¿Quién de los que la conocieron no se empeñó en mejorarla? Los parientes, los amigos invadieron la casa. Llamáronse otros médicos. Ensayóse cuanto era posible. Todo inútilmente. Lidia seguía cada vez peor. Apenas reconocía á las personas que estaban cerca de ella. Solo á mí llamaba; negábase á tomar los alimentos y los remedios que le presentaban. Yo debía preparárselos y dárselos para que los consintiera. No me alejaba de su lado sino para servirle.

De día y de noche velaba sobre ella.

Todos me reñían, mi médico me amenazaba.

—Vá Ud. á enfermar gravemente, decíame. Y entonces ¿cómo la cuidará? Descanse un rato.

Yo me encogía de hombros, callábame, por no responder mal. Indignábame el que pretendieran que me cuidase o que pensase en mí, cuando ella se moría! ¿Descuidarla un instante, abandonar el lado de su lecho; cuando por supersticiosa idea parecíame que mi mirada intensa, fija en ella, era la que retenía su espíritu en la tierra? ¡Oh nó! No lo conseguirían! Ella misma, egoísta por la primera vez de su vida, no me lo permitía. Llamábame, me abrazaba.

—No te vayas, decíame en su delirio: quédate aquí conmigo; quiero verte siempre.—Y alejaba á las demás para que me

dejaran sola. Por esto había yo comprendido que ella se moría.

Lidia, mi ángel querido, egoísta conmigo, ella que me idolatraba! ¿Exte- nuándome en su asistencia, sin cuidado por mi salud? ¿Ella que tanto me mi- maba; que gustosa, por mí hubiera dado la vida.....? No cabía duda, iba á mo- rir; y esa misma razón me obligaba á a- compañarla hasta lo último!

Era un domingo por la noche. El día había sido terrible. El delirio de Lidia tan penoso, que todos lloraban á su alre- dedor; menos yo! La infeliz hablaba, ha- blaba con una volubilidad aturdidora. Agitábase, no tenía descanso, ni lo deja- ba á los demás. Yo estaba rendida. Por la noche, era casi masa de plomo. Un dolor de cabeza atroz me impedía hasta pensar. A pesar mío desfallecía, sin que-

rer todavía ceder. Al fin tuve que acostarme. Lidia se calmó un momento y lo aproveché para arrastrarme hasta la pieza inmediata y arrojarme en una cama. En ella quedé postrada algunas horas, sin conciencia de mí misma, cuerpo inerte, que solo descanso podía desear y dormí con un sueño letárgico, sueño, en medio del cual el alma agoniza, sueño que es casi la muerte y del que no se quisiera despertar!

Al ser de día, abrí los ojos, aun inconsciente, con el pensamiento vago, sin saber de mí. Luego recordé. Lidia, Lidia estaba allí inmediata; tal vez agonizante . . . yo oí su voz! Su voz? Dios mío, no! No podía ser la de ella la que yo escuchaba. Era una extraña, lamentable, que semejaba á veces un alarido, otras una cantilena, voz que subía y bajaba de to-

no sin transición de tonalidades, tan otra de la de Lidia, que no parecía salir de su garganta. Y sin embargo era Lidia que hablaba, vuelta á su espantoso delirio y tan cambiada que no se reconocía. Ah! cuando la ví.! dolor atroz! incomparable, incomprensible para quien no lo ha sentido lacerante, desesperado, torturador cual ninguno! Lidia, mi Lidia había desaparecido, su voz y todo, no existía! Quedaba en su lugar, en aquel triste lecho, solitario en la vasta pieza, de donde habían retirado todos los muebles que estorbasen, un casi cadáver galvanizado, un sér que no era sér ya, con una voz.aquella voz que un mes después aun creía yo que hería mis oídos y que me hacía estremecer, desesperar de dolor!

Volví á apoderarme, por decirlo así, de Lidia. ¿No se había la muerte acercado

á ella porque yo la abandoné? Y con insensato empeño pretendí aun resucitarla! Extenuándome por ella quería yo á todo trance infundirle la vida con mi vida! Oh Lidia! Si me hubiera sido dado hacerlo, con cuánto placer me habría sacrificado por tí, que tanto por mí habías hecho siempre.....!

—Roque te llama, vinieron á decirme en aquel instante doloroso: está en el salón.

—¿Por qué no viene? pregunté fatigada sin fuerzas para moverme.

—Tiene que hablarte allí.

Roque era mi prometido. Lidia le amaba como á hermano. Ella favoreció sus pretensiones á mi mano, y le apoyó cerca de mí y de la familia. Soñaba con aquel enlace que según ella, debía hacerme feliz.....

Con extremado sentimiento me separé del lecho y fuí donde Roque me aguardaba. Estaba mui pálido, nervioso.

—Y Lidia? fué lo primero que me dijo. Yo hice un gesto sin contestarle. El bajó la cabeza: ví lágrimas en sus ojos. Comprendí que á más de la pena que le causaba el estado de Lidia á quien mucho quería, otro dolor le agobiaba.

—Qué es? le pregunté con terrible calma, incapaz de sufrir más.

—Mi padre se muere. Me llama mi madre á su lado y parto hoy mismo. Ven-go á despedirme de tí.....

Sí! Aun podía yo sufrir más, puesto que al oír á Roque tuve que sentarme para no caer. Parecióme que el techo se hundía, que mi corazón se atrofiaba de dolor. Pero mi rostro permaneció sereno.

Roque se engañó.

—Espero, vida mía, que tendrás valor por mí, yo lo tendré por tí. Mérida mía, ¿me permitirás que te abrace en este instante?

Automáticamente me puse en pié. Dejé que Roque me rodeara el cuello con sus brazos y besara mi frente.

Nada sentía.....

—Podré ver á Lidia? Me reconocería.

—No sé, aguarda.

Dejé a Roque y fuí cerca de mi hermana. Lidia: parecía dormir desde hacía un rato.

Volví é hice seña á Roque, el que entró y se aproximó á la cama. Al ver á Lidia prorrumpió en llanto y se fué despavorido.

Yo le ví alejarse y sabiendo que no volvería le dejé partir sin correr tras él, sin

decirle nada porque Lidia se agitaba, abría los ojos y me tendía los brazos. Oh! El esfuerzo que hice para dominarme, para no pensar más que en mi hermana, para no atender sino a ella, debe haberme contado Dios como uno de mis grandes merecimientos para el día del juicio! Fué sobrehumano. Sólo una lágrima que no llegó á caer, pudo hacer comprender lo que aquello me costaba.....

—Ven, me dijo Lidia, delirante, con su voz espantosa para mí. Ven, nos vamos! No quiero abandonarte, te llevo conmigo!

Y me tendió sus brazos, sus pobres brazos descarnados, que salían de entre las mangas de su bata de enferma, parecida á un sudario, y se aferró de mí con ademán de arrastrarme.

—Mélida, Mélida mía, repetía con su

estraña voz de contralto, gemidora. Cállate, no digas nada, es un secreto. Quiero decírtelo.

Y se aferró aún más de mi cuello para hablarme al oído.

—Nos vamos ocultas sin que nadie lo sepa, en un coche cerrado, lejos, muy lejos. No quiero dejarte. Te harán sufrir. Seremos tan felices! ¿Lo oyes? Mérida, Mérida mía!

—Vida mía, tranquilízate, nos iremos donde tú quieras. Pero acuéstate. Ella separó de mí sus brazos, me miró a los ojos y se desplomó en el lecho, sonriente. Oh! aquella mirada de loca, aquella sonrisa de un cadáver....!

—No lo digas alto, me dijo entre contenta y fatigada. Guarda el secreto y nos vamos. Chit!

Llevóse un dedo á los labios para re-

comendarme el silencio y miró á su alrededor, á todos los que allí estaban como para ver si habían oído. En su locura, parece que aquel exámen la dejó satisfecha, porque con sonrisa que intentaba ser alegre y maliciosa, añadió:

—No han oído nada. Los dejamos burlados y nos vamos!

El esfuerzo la extenuó. Cayó sobre el lecho y quedó postrada sin conciencia de nada más.

—Nos vamos, sí, Lidia, mi Lidia, respondí yo mentalmente, penetrada de la supersticiosa creencia del país, que dice que cuando alguien va á morir, si habla de llevarse á otro consigo, ese otro muere también seguidamente.

Yo quería morir con Lidia. Sentía que su muerte me arrebatara todas las ilusiones, que me dejaba sin esperanzas,

sin fé, sin nada que me halagara en la vida y deseaba irme con ella. Salir del mundo donde ya había sufrido bastante y en el que Lidia, mi adorada hermana, como si viera transparente el velo que cubre el destino de los humanos, me presagiaba nuevos dolores!

Yo tenía miedo. Creía que Lidia no se equivocaba.

Morir con ella; rendir el espíritu á su lado fué toda mi ambición!

Lidia siguió postrada todo el día, inmóvil y silenciosa. A su extremada agitación había seguido el abatimiento más completo. Parecía ya muerta. Con los ojos cerrados, lívida, la boca entreabierta y las manos inertes á ambos lados de su cuerpo, no se distinguía que aún vivía sino por su respiración jadeante. La pieza estaba llena de gente. La familia llo-

raba. Por la enferma ya poco se hacía. Todos los recursos estaban agotados. Cubríasele únicamente de rato en rato la cabeza con paños de hielo y se le humedecían los labios con un poco de hielo también.

Yo, inclinada sobre Lidia, espiaba su rostro pretendiendo descubrir en él, algún síntoma favorable, alguna esperanza de reacción.

Las horas se pasaban lentas, interminables en aquella vasta pieza, desmueblada, en que un sér, un sér tan bueno, agonizaba

Y las moscas acudieron presintiendo el cadaver. Sacudíalas yo con espanto, comprendiendo ellas volvían! Horas terribles!!

A las tres de la tarde Lidia se movió. Abrió los ojos, pareció reaccionada. En

su mirada como que había un vislumbre de razón.

—Mélida, murmuró, reconociéndome.

—Vida mía ¿qué quieres?, dígele con toda mi alma y lanzándome sobre ella...

Mi corazón palpitaba con violencia. Una esperanza loca lo reanimó ¿resucitaría Lidia?

¿Y Roque? Preguntome ella con su voz natural aunque mui debil. Hoy no le he visto.

Hoy! Como si tuviera ella alguna noción del tiempo!

—Y no ha venido?, volvió á preguntar.

Al nombre de Roque, un dolor agudo me atravesó el corazón. Pensé en él. Le había casi olvidado en mi otro dolor!

—Sí, está ahí, mi Lidia! ¿quieres verle? dije mintiéndole sublimemente, con el rostro sereno, sin una alteración en mi

voz que para ella se volvió dulcísima, la voz de mi alma!

—Sí, no. . . . murmuró Lidia, sin saber lo que quería.

Temblé pensando que podía encapricharse en su deseo de verle.

—Llámale, quiero tanto á Roque, balbuceó.

—Voy ahora, le contesté con ademán de dejarla para buscarle. . . .

¡Roque estaba lejos! Desde temprano viajaba en un vapor mercante con dirección á otro puerto, volando al socorro de su padre, tal vez cadáver ya en aquel momento.

—No me dejes, dijo Lidia, cerrando los ojos y cayendo en su postración. El vendrá luego, murmuró entre dientes, desfallecida.

—Sí, vida mía, respondí, perdiendo to-

da esperanza al verle así. Dormías cuando él vino y no quiso molestarte.

Ella murmuró algo y no habló más. Fueron esas sus últimas palabras, inteligibles. En Roque, en mí pensó hasta el último momento de su vida moral!

Su vida fisiológica siguió extinguiéndose lentamente en una agonía insensible.

Una noche más y un día más así....

Por fin á la octava noche llegó también el instante postrero de esa otra vida. Lidia murió. ¿Podré narrar su fin? Esas cosas no se cuentan, se sufren solamente! Yo estaba á su lado siempre, sin conciencia de las cosas exteriores, viviendo en mí, sólo el espíritu. Todo lo que pasaba me parecía soñado; á mi alrededor veía fantasmas por personas. Hablábanme y no respondía. ¿Cómo añadir algo más? Haré un esfuerzo, sin embargo....

Tuvo Lidia una última crisis, creyóse que todo terminaba, al verla así, como expirante, no tuve un grito, ni un gemido siquiera, mi corazón desfalleció, del asiento en que me hallaba rodé al suelo desmayada; dícenme que parecía tan muerta como ella.... Ella volvió á respirar todavía; yo salí de mi desmayo. Casi arrastrándome, rechazando con violencia á los que me retenían, volví á su lado. Lidia tenía el último estertor....

Mi madre, mis hermanas habían huido de allí, no pudiendo soportar el terrible espectáculo. Yo me quedé para presenciarlo. No hubo quien, de todos los que allí se hallaban, pudiera impedírmelo. Recogí su último suspiro, en un momento en que, inclinada sobre ella, la devoraba con la vista, diciéndole con el alma interiormente: Lidia, llévame!

Ella murió..... Siguió la velada fúnebre. El entrar y salir de gente al otro día. Las condolencias de los parientes y amigos; los gritos de dolor de mi madre; las lágrimas de todos los allegados; todo lo veía yo y lo oía como en medio de una pesadilla. De mis ojos brotaron lágrimas inconscientes. Yo apenas sufría. Tenía embotada la sensibilidad á fuerza de dolor y de fatiga. La hora del entierro llegó. Acompañé el blanco féretro hasta la puerta de la calle; allí me detuvieron. Dócilmente cedí: no había en mí resistencias. Lleváronme á mi cama en la cual quedé postrada. Mis fuerzas estaban agotadas por completo; me sostenía el espíritu, desfallecido también... Una semana pasé así, en ese estado de embotamiento físico y moral. Pensaba en Lidia, sin nombrarla una vez; su sólo nombre pro-

nunciado por otros me causaba un estremecimiento nervioso, una agitación que presagiaban penosas convulsiones. Hubo que callarlo en mi presencia. Toda esa semana, mi sola esperanza fué que Lidia no me olvidara allí en el cielo donde yo sabía que estaba. Allí la veía yó, en mis sueños de enferma. Allí se hallaba rodeada de gloria. Me sonreía. “Lidia acuérdate de mí,” le decía yo. Mi alucinación era terrible.

Oh! los que no sabeis querer, jamás podreis comprender esto; lo que es vivir cuando el alma está ausente..... Mi alma no estaba en mí! No exajero. Mis impresiones, mi dolor fueron los que he narrado y ¡cuánto callo aún!.....

El abatimiento profundo de mi anciana madre, á quien la muerte de Lidia había dejado, por decirlo así, huérfana, por

haber vivido mi angelical hermana dedicada á cuidarla; esa tristeza y otras desgracias más que aumentaban la aflicción de la familia, obligáronme a sacudir mi postración, á sobreponerme á mi pesar para atender a los otros.

¡Cuántos deberes á cual más penoso, pesaron sobre mí.....! Con heroico esfuerzo, pensando siempre en Lidia, sin nombrarla nunca, tratando de imitarla, en todo, suplíala cuanto me era dado, además de atender á mis propios deberes.

Roque volvió. ¡Cuán cambiada me halló.....! No era yo lo que él había dejado la que aspiraba con él a una vida de ventura.... La muerte de Lidia y los demás acontecimientos desgraciados que ocurrieron luego habían roto en mi alma para siempre el resorte divino de la alegría! ¿Divino? Sí; porque sin ese re-

sorte es la vida triste pesadilla! El padre de Roque había muerto también; su familia quedaba desamparada, incumbíanle á él sagrados deberes respecto de ella....

Nuestros planes para el porvenir todos se frustraron....

.....

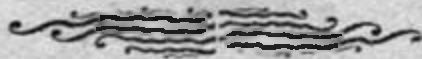
Los años han pasado. Uno tras otro han transcurrido, ora lentos, ora menos pesados, siempre tristes para mí, pero yo he vivido! Mi melancolía se convirtió en enfermedad....

Dentro de algunos días cumple Lidia diez y seis años de muerta. Diez y seis años! La edad de una joven casadera. La que quisiera yo tener por hija. Si así fuera, tal vez por ella acariciaría ilusiones....

Sí! Los años han pasado y yo vivo. ¿Veis que el más hondo dolor no mata

siempre? Hay ciertas naturalezas privilegiadas para sufrir, y en las que parece que pueden ser eternos los Duelos del corazón!!

Sto. Domingo, Marzo 25 de 1901.





BN
P
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY